

# El pasado es un animal grotesco. Ideologías de la memoria urbana en el Belgrado postsocialista

The past is a grotesque animal. Ideologies of urban memory  
in post-socialist Belgrade

HORACIO ESPINOSA<sup>1</sup>

## Resumen

Este ensayo nace de la visión de las monumentales ruinas de los edificios de la extinta Yugoslavia, en Belgrado, capital de la república de Serbia. Los edificios fueron bombardeados en 1999 por las fuerzas de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), comandadas por Estados Unidos. Dos décadas después se encuentran aún sin reconstruir o demoler. Ruinas como las del Generalštab (edificio del Estado Mayor yugoslavo), ubicado sobre la diplomática avenida Kneza Milosa, generan una gran controversia pública sobre su destino. Esta situación sirve como detonante para realizar una serie de reflexiones acerca de la historia reciente de Yugoslavia y el componente urbicida de las guerras balcánicas. También abre la puerta al cuestionamiento acerca de los resortes ideológicos en la construcción de la memoria colectiva. En el caso del Belgrado post-socialista, las ruinas se han usado de manera propagandística para la victimización nacionalista. Sin embargo, paradójicamente también inducen a preguntas incómodas para las autoridades serbias, sobre el pasado y sobre el futuro. El ensayo analiza algunos sucesos importantes en la planeación urbana del Belgrado socialista y la potencia de ese proyecto en tanto

“utopía concreta”. Compara aquellos hitos urbanísticos con la situación actual. También es un homenaje a la figura de Bogdan Bogdanović, arquitecto serbio y último alcalde del Belgrado socialista, uno de los últimos utopistas urbanos del siglo XX.

**Palabras clave** • estudios post-socialistas, memoria colectiva, modernismo yugoslavo, patrimonio arquitectónico, ruinas urbanas

## Abstract

This essay arises from the vision of some monumental ruins of the buildings of extinct Yugoslavia, in Belgrade, capital of the Republic of Serbia. Those buildings, bombed in 1999 by NATO forces, commanded by the U.S.A, are still not rebuilt or demolished, two decades after the events. Ruins like the Generalštab (Yugoslav General Staff Building) on the diplomatic Kneza Milosa Avenue, generate a great public controversy about their fate. This situation serves as a trigger for a series of reflections on the recent history of Yugoslavia and the urbicidal component of the Balkan wars. It also opens the door to question the ideological springs in the construc-

---

<sup>1</sup> HORACIO ESPINOSA | Observatorio de Antropología del Conflicto Urbano (OACU) • <http://orcid.org/0000-0001-9527-1708> • [horacio.espinosa.zepeda@gmail.com](mailto:horacio.espinosa.zepeda@gmail.com)

FECHA DE RECEPCIÓN: 22 de mayo 2021 • FECHA DE ACEPTACIÓN: 14 de diciembre 2021.

NOTA | Agradezco la ayuda de Irena Pasic en la traducción al español de algunos textos e inscripciones utilizados en este ensayo. H. E.

**Citar este artículo como:** ESPINOSA, H. (2022). El pasado es un animal grotesco. Ideologías de la memoria urbana en el Belgrado post-socialista. Revista *Nodo*, 32(16), enero-junio, pp. 98-111. doi: 10.54104/nodo.v16n32.1352

tion of collective memory. In the case of post-socialist Belgrade, the ruins have been used propagandistically for nationalist victimization; however, paradoxically, they also lead to uncomfortable questions for the Serbian authorities. Questions about the past and about the future. The essay analyzes some important events in the urban planning of socialist Belgrade and the power of those projects as a “concrete utopia”. I also compare those urban milestones with the current situation. Not less important is, that this essay is a tribute to the figure of Bogdan Bogdanović, Serbian architect and last mayor of Socialist Belgrade, one of the last urban utopians of the 20<sup>th</sup> century.

**Keywords** • post-socialist studies, collective memory, yugoslav modernism, architectural heritage, urban ruins

*Lo urbano es una de las más altas abstracciones del espíritu humano. Para mí, ser un urbanita significa dejar de ser un serbio o un croata, y en lugar de eso, pensar que esas distinciones no importan más, como si se hubieran detenido ante las puertas de la ciudad.*

BOGDAN BOGDANOVIĆ

## Introducción

Entre el 2015 y el 2018 visité Belgrado cada año. Uno de los elementos del paisaje urbano que más me sobrecogió fue la dantesca escena de aquellos grandes edificios, aún sin reconstruir o demoler desde 1999, cuando las fuerzas de la OTAN comandadas por Estados Unidos, bombardearon durante 78 días a la ahora extinta Yugoslavia. La ciudad de Belgrado fue castigada con crueldad por las bombas, en una guerra denominada “humanitaria”, pero cuyas muertes fueron principalmente civiles y su legalidad puesta en tela de juicio por numerosos actores políticos que la calificaron de crimen de guerra (Ruíz Jiménez, 2016: 300-307). Hablo de enormes edificios institucionales de la antigua Yugoslavia —auténticas joyas del modernismo socialista— severamente bombardeados, hoy en ruinas, razón por la que Jovanovic Weiss (2000) escribiría en un ácido artículo que la OTAN había inaugurado una modalidad radical de “crítica de la arquitectura”. Lo grotesco, en todo caso, es que como parte de “una nueva lucha contra el fascismo”, la OTAN eligió destruir edificios de posguerra que simbolizaban la lucha de una “nación obstinada contra el fascismo” (Weiss, 2000: 1-2). Como mostraré más adelante, tanto la

OTAN como los nuevos gobiernos nacionalistas serbios, comparten la misma actitud de desprecio ante al legado socialista.

Prácticamente todos los edificios en ruinas que visité durante aquellos años se encontraban en el centro de la ciudad: la Secretaría de Asuntos Internos, la Secretaría Federal de Asuntos Internos o el Ministerio del Interior, que se encuentra justo en la Avenida Kneza Milosa. Otros edificios, como la torre del antiguo Comité Central de la Liga de Comunistas, fue reconstruido como un edificio de oficinas, al que se adjuntó un gran centro comercial, revelando la naturaleza lucrativa de la reconstrucción. Es también el caso del ex-Ministerio del Interior Yugoslavo [*MUP SR Jugoslavije*], que para 2018 ya se había decidido derruirlo para construir un centro comercial. Sin embargo, durante casi dos décadas, sus impresionantes ruinas habían delimitado Belgrado y Nuevo Belgrado [*Novi Beograd*].

Fueron muchos los edificios yugoslavos destruidos en 1999 que no pude ver por distintas razones, ya sea falta de audacia o ignorancia de mi parte, o porque desaparecieron sin dejar rastro. Hablo de la planta de calefacción central de Nuevo Belgrado, el centro de comando de la fuerza aérea yugoslava, el edificio de radiotelevisión Serbia, la torre de televisión “Avala” y un largo etcétera. En el caso de la Torre Ušće, reconvertida en “Business center” y “shopping mall”, simplemente me negué a observar tal despropósito. La vi sólo de pasada. Los usos de las ruinas en Belgrado están marcados por la propaganda nacionalista o por los actos de destrucción creativa típicos del urbanismo neoliberal. En este ensayo me centraré en pensar lo primero de una manera muy general.

El caso más paradigmático de esta escenificación propagandística de las ruinas es el impresionante Ministerio de Defensa Yugoslavo-Cuartel General del Ejército Popular Yugoslavo, conocido simplemente como *Generalštab* (Edificio del Estado Mayor). En los años sesenta, Nikola Dobrovic, su arquitecto, obtuvo la Medalla de Oro del Real Instituto de Arquitectos Británicos gracias a este edificio reconocido como su *Opus Magnus*. Las ruinas del *Generalštab* dominan la intersección de Kneza Milosa y Nemanjina, dos de las principales avenidas del centro de Belgrado. Son muy visibles y a través del sólido modernismo del diseño original y su estado deteriorado, destacan en el barrio diplomático de Belgrado por antonomasia. La singularidad física del complejo lo convierte en un lugar memorable. A la monumental ruina la cubre una gigantesca lona del Ejército serbio con una leyenda que dice: “Quien se atreve, puede. Quien no conoce el miedo, avanza”, cita del famoso general serbio de la Primera Guerra Mundial Živojin Mišić (Staničić, 2021).



Ruinas de la Secretaría Federal de Asuntos Internos de la República Federativa Socialista de Yugoslavia (RFSY), 2015. Fotografía del autor.

Para desentrañar el misterio de las ruinas quizás sea más útil el psicoanálisis que el propio urbanismo. En Belgrado, donde las ruinas no evocan otra cosa que destrucción y muerte, hay una vivencia cotidiana de lo que Freud (1993: 241) entendía como “lo ominoso” o “lo siniestro”, es decir, aquel desplazamiento de representaciones, a nivel inconsciente, donde “se hace pasar lo familiar [*heimlich*] a su opuesto, lo no-familiar [*unheimlich*]” (ver Vidler, 1992). Si bien para los distintos gobiernos nacionalistas de la Serbia post-socialista esto parece ser una forma bastante transparente de denuncia, la exhibición y aparente incapacidad de simplemente transformar las ruinas “en otra cosa” se podría tomar como una forma de goce ¿en el victimismo, en la violencia urbicida o en una forma combinada de ambas? Ésta es para mí la gran pregunta.

En aquellos años que solía visitar Belgrado, también conocí la vida y obra del arquitecto serbio Bogdan Bogdanović, último alcalde socialista de esa ciudad. Difícil de definir, Bogdanović compartía con otras figuras como Henri

Lefebvre, un background surrealista, una militancia comunista heterodoxa, una formación singular y amplia, que trascendía los límites disciplinares de cada uno: la filosofía en el caso del francés, la arquitectura en el caso del yugoslavo. El arquitecto vienés Friedrich Achleitner definía así la irreverente figura de Bogdanović:

El investigador urbano y caminante de la ciudad, arquitecto, escultor, ornamentista y calígrafo, diseñador gráfico y “garabateador”, el mitólogo, etimólogo, *raconteur* y escritor de alto calibre, sí, el ex-jacobino, el ex-trotskista, el gnóstico perpetuo y deísta, el político de una sola vez, a pesar de ser un individuo enormemente político a lo largo de su vida, el delincuente surrealista reincidente, el provocativo pensador lateral y filósofo, o al menos, un maestro sin doctrina, que actuó con todos sus talentos. El fenómeno de Bogdan Bogdanović es más que la suma de sus partes, y probablemente sea inaccesible en cualquier forma para un pensador puramente analítico (Achleitner, 2009: 2).

Bogdanović pasará a la historia por ser uno de los arquitectos comisionados por el mariscal Tito para realizar algunos de los célebres y misteriosos memoriales partisanos y anti-fascistas (*Spomenik*) distribuidos a lo largo de la geografía yugoslava y tan cercanos a la ciencia ficción (Hatherley, 2016). El *Spomenik* más célebre de Bogdanović se encuentra en Jasenovac, Croacia, y es conocido como “la flor de concreto”. Cuenta el propio Bogdanović que el mejor cumplido que le habrían hecho a sus *Spomenik* sería el de una jovencita que asegura haber sido procreada en uno de ellos (Bogdanović, 2008).

Sus monumentos tenían que ser “apropiados” por los ciudadanos, pasar a formar parte del entramado de la vida cotidiana y jamás transformarse en fetiches para el poder estatal. Ésta es la razón que subyace a los motivos abstractos, casi delirantes, de sus memoriales. Figuras sugerentes e imaginativas antes que cristalizaciones de la historia oficial. Su deseo era que sus monumentos fueran usados como lugares para la reunión espontánea, el carnaval, la contemplación o el amor, antes que artefactos propagandísticos:

Sueño con una Europa sin monumentos. Con esto quiero decir: sin monumentos de muerte y desastre. Tal vez construcciones filosóficas: monumentos para amar, para gozar, para bromear y reír [...] o bien construcciones simbólicas [...] y todo aquello que expresa el deseo de una civilización sin monumentos” (Bogdanović, 2008: 17).

Poniendo el foco en la realización humana y rescatando del olvido la noción marxista de “apropiación”, Bogdanović y sus *spomenik* apelaban a la capacidad creativa de los seres humanos para apropiarse activamente del entorno urbano como la mejor arma frente a la alienación de la vida moderna. La apropiación de los elementos materiales urbanos es entendida no solamente como un rechazo de la mercantilización o la “reificación” de las relaciones de producción, sino de una manera más amplia, en tanto “búsqueda de un renovado valor para la subjetividad” (Ronnenberg, 2018).

Sus ideas arquitectónicas acerca de una civilización sin monumentos de sangre, así como sus intentos —hasta casi agotado el proyecto yugoslavo— de renovar el barrio de vivienda social *Novi Beograd* desde una perspectiva utópica, su concepto de “urbicidio” con el que intenta mostrar cómo las fuerzas reaccionarias y nacionalistas odian la ciudad en tanto proyecto cosmopolita e integrador —sin hablar de sus enfrentamientos directos con Milošević, que lo llevaron a morir en el exilio vienes— lo transforman en una figura que puede iluminar el panorama ominoso del Belgrado contemporáneo.

Bogdanović encarna, en el contexto de este ensayo, tanto a Virgilio como a Dante. Guía y personaje principal en el ascenso al cielo de sus ideas utópicas en el marco del proyecto socialista yugoslavo, hasta la caída en el infierno de la ira anti-urbana nacionalista. Sería un error ver en Bogdanović un simple modernista, ya que los célebres *spomenik* lo emparentan con el surrealismo. En esta línea crítica con el modernismo hegemónico deseaba reformar todo lo que había —y hay— de influencias de Le Corbusier, la Carta de Atenas y el Congrès International d’Architecture Moderne (CIAM) tanto en Belgrado como en Nuevo Belgrado.

Siendo alcalde de Belgrado, Bogdanović invitó al filósofo marxista Henri Lefebvre —teórico por antonomasia de una modernidad urbana “alternativa”— para que elaborara una propuesta de reforma de *Novi Beograd*. El filósofo, junto con un par de arquitectos franceses, realizó un proyecto de reforma que llegó demasiado tarde: los vientos de guerra ya asomaban...

Este ensayo no tiene una pretensión científica; se trata directamente de una fabulación acerca de las ruinas del Belgrado post-socialista como inconscientes celebraciones urbicidas siguiendo las muy polémicas ideas del arquitecto y convencido socialista Bogdan Bogdanović, uno de los últimos utopistas urbanos del siglo XX.

Pero incluso sin pretensiones científicas, este ensayo aspira a la coherencia y la inteligibilidad. Para conseguirlo se enfrenta a la tremenda dificultad que encierran las endemoniadamente complicadas historias recientes de Belgrado, Serbia y la extinta Yugoslavia. Si no se tienen mínimas nociones de la historia de los Balcanes a partir de la Segunda Guerra Mundial y de la historia urbana del Belgrado de posguerra, las ruinas que queremos “leer” quedarán como simples ruinas, cuando en realidad son mucho más que eso: son símbolos polisémicos en disputa. Por eso mismo haré un rodeo e iniciaré este artículo dando algunas pinceladas históricas desde mi profunda ignorancia en el tema. Así, el texto avanzará a tropezones. Esperemos que al final se dibuje una idea, no concluyente, pero espero convincente, de que esas ruinas en Belgrado “nos dicen cosas”.

## Entre guerras

El 20 de octubre de 1944, Belgrado sería liberada por el Ejército Rojo y los partisanos comunistas yugoslavos. El 29 de noviembre de 1945, el mariscal Josip Broz “Tito” proclamaba la República Popular Federal de Yugoslavia, que más tarde pasaría a llamarse República Federativa Socialista de Yugoslavia [RFSY] el 7 de abril de 1963 (Gajević, 2011: 20). El movimiento partisano comunista, comandado por Josip

Broz “Tito” no peleaba sólo contra nazis alemanes y fascistas italianos, sino que estaba enfrentado al Estado Independiente de Croacia (NDH) del régimen Ustaša, simpatizantes croatas de la Alemania nazi que habrían llevado a cabo “su propia solución final contra la minoría serbia dentro de sus fronteras” (Ruíz Jiménez, 2016: 25).

Sin que haya cifras oficiales, se contabilizan entre medio millón y un millón de serbios, sumado a miles de judíos, gitanos y homosexuales, como víctimas de la *Ustaša* durante la Segunda Guerra Mundial. Igualmente, se *croatizó* a cerca de 250 000 serbios convirtiéndolos de manera forzosa al catolicismo (Alexander, 1979: 32). “Tito”, de origen croata, siempre había sido acusado de tener preferencia por los serbios. Lo cierto es que durante la guerra lucharía también contra los *chetniks* [*četnici*] nacionalistas serbios anti-comunistas, partidarios de la restauración monárquica y de la asimilación del resto de pueblos yugoslavos bajo el Reino de Yugoslavia dominado por Serbia (Ruíz Jiménez, 2016: 25).

Para contrarrestar las tensiones nacionalistas creadas durante la Yugoslavia monárquica y acentuadas en la Gran Guerra, “Tito”, ya victorioso, se propuso descentralizar al nuevo Estado socialista. Se le dio suficiente autonomía a cada una de las seis repúblicas históricas (Eslovenia, Croacia, Serbia, Bosnia y Herzegovina, Macedonia y Montenegro) y se crearon dos provincias autónomas (Vojvodina y Kosovo i Metohija). Cada república contenía en su interior un particular mosaico étnico al que se le sumaban las minorías reconocidas (húngaros, gitanos, checos e italianos). En lo que se refiere a la práctica religiosa, históricamente ha habido católicos —croatas y eslovenos—, ortodoxos —serbios y bosnios—, musulmanes —bosnios— y judíos distribuidos de forma no homogénea por todo el territorio yugoslavo.

Pueblos, naciones y minorías serían los fundadores de la Federación, pero cada República sería considerada su territorio nacional. Yugoslavia sería una nación de naciones muy diversas. Con todo y que, durante la guerra de los Balcanes, las diferencias fueron magnificadas artificialmente. Cada República tenía su propio parlamento y poderes autonómicos, mientras que el equilibrio del gobierno federado dependía de un gobierno colegiado que renovaba el cargo de presidente del gobierno de la Federación cada año, “ocupándose por cada uno de los representantes de las distintas repúblicas en el consejo, en un estricto sistema rotatorio” (Ruíz Jiménez, 2016: 27). El cargo de Primer Ministro fue ocupado de forma vitalicia por “Tito”; su figura encarnaba el Estado al mismo nivel que la bandera, el himno y el lema nacional de la Yugoslavia “Hermandad y Unidad” [*Bratstvo i jedinstvo*], un lema que, a la postre, se-

ría una especie de fallido sortilegio para espantar los demonios del nacionalismo y el integrismo étnico.

A nivel político, el sello distintivo de la RFSY fue el llamado “socialismo autogestionario”, donde la soberanía recaía en la propia clase trabajadora de cada República, a diferencia de la URSS, donde la soberanía recaía en el Partido Comunista. La radical descentralización que propugnaba la autogestión yugoslava implicó un sistema complejo donde cada empresa se regía en gran medida por las decisiones tomadas al interior de los consejos obreros. La participación de los trabajadores en la toma de decisiones no tendría parangón en la historia, creando una clase trabajadora orgullosa y “empoderada”. Sin embargo, debido a las desigualdades regionales, el nivel de vida de los trabajadores de cada República divergía bastante (Veiga, 2002). De manera estereotipada siempre se ha hablado de que el norte (Eslovenia y Croacia) estaban más desarrollados que el sur.

El comunista esloveno Edvard Kardelj fue el ideólogo detrás del “socialismo autogestionario” yugoslavo, así como el artífice del más grande logro diplomático de la Yugoslavia de “Tito”: el Movimiento de los Países No-Alineados. A pesar de que “Tito” se formó como comunista en la URSS, rompería con Stalin en 1948, por lo que la RFSY sería el único país socialista en no formar parte del Pacto de Varsovia. Como, por obvias razones, tampoco formaba parte de la OTAN, se decidieron a crear una tercera vía, la de los países no-alineados, que se oponían a la política de bloques durante la Guerra Fría. Los que crecieron en Yugoslavia cuentan con orgullo que, siendo los únicos ciudadanos que podían circular con libertad entre los bloques comunista y capitalista, el pasaporte yugoslavo fue el más cotizado durante los años de la Guerra Fría.

A pesar de los numerosos desajustes y contradicciones, Yugoslavia pasó de ser un país atrasado en 1945 y con el mayor porcentaje de bajas durante la Segunda Guerra Mundial, a poseer un sistema de educación y sanidad gratuitas, con una economía creciente, una tasa de alfabetización superior al 90%, pleno empleo y un mes de vacaciones pagadas al año para todos los trabajadores (Ruíz Jiménez, 2016: 36). Con la muerte de “Tito” en 1980, que encarnaba en sí mismo al Estado, todo empezaría a cambiar. El deseo geopolítico de Yugoslavia era ser un país neutral, aunque al final sólo consiguió quedar atrapado entre dos tierras. En un mundo cada vez más complejo, los equilibrios geopolíticos que se debían hacer eran portentosos. Muerto el equilibrista, la caída se antojaba inevitable.

Por otro lado, la Yugoslavia socialista se había constituido con base en el mito de la guerra de liberación nacional en contra de los nazis y la posterior revolución socialista, pero reprimiendo en el inconsciente colectivo aquellos ele-



Escudo de la RFSY en un edificio en ruinas en la Avenida Kneza Milosa, 2015. Fotografía del autor.

mentos de guerra interétnica (Hoepken, 1999: 190-201). Ante cualquier conflicto interno se invocaba el mantra del lema nacional “Hermandad y Unidad”, junto con la figura unificadora del héroe “Tito”. La RFSY se constituyó sobre una base ideológica anti-fascista irreal, en el sentido de que había elementos fascistas dormidos, de los que no se podía hablar. Se fabricó un pasado anti-fascista común a todos los yugoslavos con tal de no abrir viejas heridas (Pavlovitch, 1988: 137). De manera dolorosa para las víctimas serbias, se eliminó del discurso oficial cualquier alusión al genocidio perpetrado por los croatas colaboracionistas del NDH, gobierno títere de los nazis. Había que “pasar página”.

El sentimiento de agravios históricos jamás saldados, aunado a una política descentralizadora, alimentaron la desafección con respecto a la Federación por parte de las élites políticas regionales. Éstas, de por sí, ya poseían un mayor sentimiento de pertenencia a la identidad étnico-nacional en comparación con la yugoslavización de los habitantes de las grandes capitales. A esta fuerte identidad regional se le sumó una mayor independencia política y económica con respecto al centro. La consecuencia fue una especie de inercia que hizo que los líderes de cada república se fueran replegando sobre sí mismos, adoptando una actitud cínica respecto al proyecto socialista, en lo que se

ha descrito como una progresiva feudalización de las clases estatales-nacionales (Stojiljković, 2005: 151, citado en Rodríguez Andreu, 2021).

En este contexto sólo faltaba que algún oscuro líder regional agitara el discurso victimista de “la reparación de los daños” para que se desatara la catástrofe. Y esto ocurrió cuando aparece en escena Slobodan Milošević, quien primero como presidente del Partido Comunista Serbio, y posteriormente como presidente de la República de Serbia, haría del victimismo su bandera. Un paso decisivo fue reivindicar la provincia de Kosovo como ancestral territorio serbio, “arrebataado” por la Federación, y pedir la revocación de su estatuto de autonomía. En un discurso de 1984, ante la liga de comunistas serbios en Kosovo, Milošević haría lo que retrospectivamente se identifica como un hito: empezó dirigiéndose a la audiencia como “camaradas” para al final de su exposición llamarles “compatriotas” (Biserko, 2012). De la identificación simbólica con la clase pasó a la identificación con la nación.

Pero el nacionalismo no era algo exclusivo de Serbia. En Croacia, entre 1990 y 1999, bajo el mando del presidente Tuđman, admirador del dictador Franco, con quien se emulaba en tanto “salvador de la civilización occidental” (Ruíz Jiménez, 2016: 58), se revitalizaría a las milicias fas-



Las ruinas del *Generalštab* con la pancarta del Ejército Serbio y la frase “Quien se atreve, puede; quien no conoce el miedo, avanza”, 2015. Fotografía del autor.

cistas de la Ustaša y se iniciaría una loca carrera para crear un ejército secreto con la ayuda de Alemania y de Estados Unidos. Previamente, Tuđman ya habría reescrito la historia oficial de la Segunda Guerra Mundial, haciendo pasar a la Ustaša no como genocidas de serbios, sino como víctimas de un complot comunista. La politización de las identidades étnicas, la suspicacia y el revisionismo histórico, culminarían en el baño de sangre de las sucesivas guerras de los Balcanes con los resultados conocidos: unos 140 000 muertos y más de cuatro millones de desplazados. Una guerra que MacDonald (2002) describe perfectamente como “autoaniquilación por victimismo mutuo”.

### Utopía concreta

Dos años después de la expulsión de los nazis, en 1947, se lanzaba el primer plan urbano de reconstrucción de Belgrado, adoptado tras concurso público. La intención, además de reconstruir, era materializar el ideal de una nueva ciudad anexa a la Belgrado histórica que se constituyera como la capital administrativa, económica y cultural de la Yugos-

lavia socialista. La nueva ciudad se construiría en la zona demarcada por las orillas izquierdas de los ríos Danubio y Sava, llevando por nombre Nuevo Belgrado. Entre los planes se encontraba la construcción masiva de vivienda social para los trabajadores, circunscrita a una estructura urbana ortogonal siguiendo el estilo de la “arquitectura socialista contemporánea”, donde se levantarían los edificios dominantes del Palacio de la Federación y del Comité Central del Partido Comunista de Yugoslavia (Gajevic, 2011: 3).

El primer plan maestro para construir Nuevo Belgrado estaría caracterizado por su modernismo *de mode*, en la línea de lo estipulado por el CIAM. Este proyecto se elaboraría nada más terminar la guerra, en 1947, y estaría firmado por el arquitecto Nikola Dobrovic. Sin embargo, los graves conflictos diplomáticos entre la URSS de Stalin y la recién nacida Yugoslavia llevaría a que el proyecto se atrasara hasta inicios de la década de los años cincuenta, con un plan maestro reelaborado por el arquitecto Vido Vrbanić. Para 1958, Nuevo Belgrado se ceñiría a la nueva ley general de comunidades residenciales que establecía unidades territoriales regidas bajo el principio de auto-organización ciudadana (Gajevic, 2011: 32-50).

Las múltiples interrupciones, reformas, crisis y, en general, el tiempo tan dilatado en la construcción de *Novi Beograd* ha ocasionado que los resultados sean desiguales entre los bloques departamentales. Así, el bloque 1 y 2 se considera un hito mundial en lo que a construcción y planeación de vivienda social se refiere, por lo que los departamentos de este periodo representan una mejoría sustantiva en la calidad de vida de “las clases bajas yugoslavas” (Blagojevic, 2007:159). Las primeras etapas constructivas fueron realizadas en gran parte por los comités de trabajadores de forma voluntaria; los bloques cuentan con supermercados, restaurantes, tiendas, teatros, cines, bibliotecas, clubs juveniles y otros servicios (Blagojevic, 2007: 137-138). Sin embargo, no sería la misma situación de aquellos bloques donde priman las torres y rascacielos.

El periódico *Beogradska Nedelja*, en un artículo de 1967, diría que los habitantes de las torres viven “atomizados”, aislados en su “autosuficiencia” doméstica, sin contacto con el resto de los vecinos, por lo que esos barrios llevan una vida alienada, asocial, más cercana a vivir en un hotel, donde sólo se va a dormir después de trabajar (Le Norman, 2008: 149). Hablamos, por supuesto, de las consecuencias del funcionalismo urbano de La Carta de Atenas, ya denunciadas por Lefebvre y en las antípodas de su visión de la calle como el cuarto de estar de la ciudad. Éstas son las preocupaciones, que a mediados de los años ochenta, llevan al alcalde de Belgrado, Bogdan Bogdanović, a plantear la necesidad de una reforma integral de Nuevo Belgrado. Para llevarlo a cabo organiza un concurso internacional de proyectos urbanísticos de reforma del barrio.

En 1986, Henri Lefebvre, junto con Serge Renaudie y Pierre Guilbaud, conformarían la sección francesa que competía en el concurso internacional para reestructurar Nuevo Belgrado. Lefebvre, pensador marxista heterodoxo y una de las mentes más influyentes en los estudios urbanos, criticaría duramente el proyecto original de *Novi Beograd* en el informe dirigido a los jueces del concurso. Uno de los comentarios que más se escuchaban entre los arquitectos yugoslavos críticos con Nuevo Belgrado es que se trataba de una aplicación fallida del funcionalismo lecorbusierano. Sin embargo, para nuestro filósofo era todo lo contrario. El proyecto era fallido porque había sido exitoso en la aplicación de tales principios:

Al administrar la reglamentación del funcionalismo mecánico, la zonificación no ha hecho más que preparar la muerte de la ciudad.

La separación y el aislamiento de actividades normalmente vinculadas engendran una esclerosis en cada elemento y en el funcionalismo del conjunto.

Poco a poco se van asentando las soledades, como granos de arena sobre el tejido urbano y restringiendo su capacidad de flexibilidad (Lefebvre, Guilbaud & Renaudie, 1986: 7-8).

Con el beneplácito de Bogdanovic, el dictamen de Lefebvre respecto a *Novi Beograd* era bastante crítico. En su opinión, se había seguido la estela de otros proyectos de vivienda social alrededor del mundo: funcionalismo, zonificación y desvinculación de los cascos antiguos de las ciudades. Para el arquitecto e historiador serbio Vladimir Kulić (2015), habría que matizar lo contenido en tal informe. Por un lado, Lefebvre oscilaría entre la fascinación por el modelo autogestivo yugoslavo —“la tercera vía al socialismo” (Eric, 2018)— y su implacable crítica a la planificación urbana. Habría que preguntarse si esa crítica a la planificación era más un ejercicio programático de coherencia con su teoría del antagonismo entre “el espacio concebido” vs el “espacio vivido” (Lefebvre 1974 [2013]) que adolecería de cierto deductivismo. Y es que Nuevo Belgrado estaba lejos de ser una *Banlieue*, a pesar de estar igualmente inspirada por los principios del urbanismo moderno.

Neil Smith (2018) destaca el valor del diagnóstico de Lefebvre, en especial su cualidad de “acontecimiento”, en un sentido situacionista. Smith resalta varios aspectos relevantes, tanto teóricos como históricos, de lo que juzga como un evento “singular” [*odd*] en la biografía intelectual de Lefebvre. El primer aspecto reseñable de este acontecimiento es la posibilidad de observar el aterrizaje y aplicación del aparato conceptual lefebvriano en su análisis de un espacio urbano concreto. Esto se traduce en el desmontaje de la planificación urbana de *Novi Beograd*, sobre todo de aquella que es más deudora de los postulados de Le Corbusier. Smith imagina a los dos jóvenes arquitectos que acompañaban a Lefebvre realizando un tremendo esfuerzo por aterrizar la abstracción contenida en obras como *La producción del espacio* (1974 [2013]). Se trata por lo tanto de un proyecto no menos teórico, a pesar de su carácter aplicado.

Otro aspecto del proyecto de Lefebvre para Nuevo Belgrado es político. En la República Federativa Socialista de Yugoslavia se estaba experimentando con la autogestión urbana, “a diferencia de Francia o Alemania oriental”, donde la planificación urbana “se situaba en un punto intermedio entre lo peor de la planificación estalinista y lo peor del mercado capitalista” (Smith, 2018: 85-86). Lefebvre rechazaba el estalinismo de línea dura del Partido Comunista Francés por sus *tics* autoritarios, mientras que en el modelo autogestivo yugoslavo veía una auténtica posibilidad de independencia de las clases trabajadoras, por lo que “Lefebvre fue el camarada perfecto para el proyecto de Nueva Belgra-

do, basado en un Estado que había roto con el estalinismo cuatro décadas antes” (Smith, 2018: 82).

Por el carácter de sociedad “*in-between*” [que evitaba la política de bloques capitalista vs comunista], en la RFSY se encontraba, como en muy pocos casos, “un destello de posibilidad” en la búsqueda de un “Nuevo Urbano” [*New Urban*], alternativa que Lefebvre ya vaticinaba desde los años setenta como la muerte de lo urbano, a manos de la financiarización de las ciudades (Smith, 2018). En 2018, Vladimir Kulić sería el curador de una gran exhibición en el museo MOMA de Nueva York titulada *Toward a Concrete Utopia: Architecture in Yugoslavia, 1948-1980*. Se trata de un juego de palabras que se entiende mejor en inglés [*Concrete Utopia*], en tanto concentra, por un lado, la idea de una “utopía concreta” en el sentido dado por Ernst Bloch (1975 [2007]) a esas utopías realizables, “objetivas” y no mesiánicas, pero también una “utopía de concreto”, es decir, la politización de la arquitectura bajo la forma de utopías urbanas (Kulić y Stierli, 2018).

Como se sabe, la *Concrete Utopia* de reforma de Nuevo Belgrado jamás se llegó a realizar. Los conflictos étnicos, azuzados por los distintos bandos nacionalistas y su respectivo arsenal ideológico de ideas supremacistas ya despuntaban en el horizonte. En el informe de Lefebvre hay lugar para pensar el conflicto interétnico en relación con lo urbano. Se pensaba en Belgrado no como un problema sino como una solución desde lo urbano, una forma de superar la tensión nacionalista en tanto forma de vida ineludiblemente cosmopolita:

Todas las naciones que componen [Yugoslavia] pueden encontrar su propio carácter, a través de nuevos modos de apropiación del espacio de la ciudad (Lefebvre, Renaudie & Guilbaud, 1986: 37).

Sin embargo, como se vio en el apartado precedente, para mediados de los ochenta el conflicto entre las repúblicas ya no tenía vuelta atrás, sufriendo una escalada en las tensiones a partir del fatídico discurso de Milošević en Kosovo; tan sólo dos años antes del proyecto de Bogdanović para la renovación de *Novi Beograd*. En este contexto, la confrontación entre el alcalde y el líder serbio iría a mayores, hasta terminar en su exilio, como ya se ha comentado. A partir de entonces, las fuerzas reaccionarias, tal como había vaticinado Bogdanović, iniciarán una oleada de ataques contra todo lo que recuerde los aspectos más modernistas, cosmopolitas y vanguardistas del socialismo. Los primeros en salir del país serían los intelectuales y creadores “rojos”. El sueño de la autogestión urbana por parte de los trabajadores se transformaría en pesadilla, en tanto ese tipo de

ideas y sus portadores serían perseguidos por las nuevas autoridades serbias, decididamente ultra-nacionalistas, anti-comunistas y, sobre todo, muy corruptas.

## El inconsciente de las ruinas

El desmantelamiento de la Yugoslavia socialista tras los sucesivos conflictos armados durante la década de 1990, que se extendieron hasta entrado el año 2000, ha estado marcada por la destrucción sistemática y politizada de su arquitectura, de acuerdo con Staničić (2021). La fragmentación resultante de su territorio demuestra el papel insustituible de la arquitectura y los espacios urbanos como un medio a través del cual se forman (y destruyen) las identidades colectivas. Los edificios, especialmente las ruinas, “se relacionan como dispositivos mnemotécnicos y afectivos con la remodelación de memorias colectivas e identidades nacionales” (Bădescu, 2019: 184). Para la Serbia post-socialista, el intento de creación de un territorio étnicamente homogéneo, en una sociedad intrínsecamente heterogénea como era la sociedad yugoslava, ha implicado la destrucción de aquellas arquitecturas de la diversidad, o como les llama Martin Coward, aquellos edificios que mantienen “la condición de posibilidad de ser-con-otros” (2008: 14).

El proceso de construcción de una monocultura futura tenía como condición de posibilidad la destrucción de todo lo que recordara a la multiculturalidad pasada. Hablamos de lo que Halbwachs (2004) denominó “los marcos sociales de la memoria”. Sin embargo, como bien hace notar Bădescu (2019), habría que distinguir entre la memoria colectiva como la experiencia vivida de un grupo social, en el sentido halbwachiano, y aquellas narrativas de memoria oficial, en tanto pastiche montado especialmente para crear cierto tipo de narrativas con una intencionalidad y significados políticos. Estos dos elementos —lo colectivo y lo oficial, marco y pastiche— se encuentran entrelazados para sólo poder separarse de forma analítica.

Respecto a los marcos colectivos de la memoria, un grupo de investigadoras de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Belgrado realizaron una interesante encuesta a 235 personas, entre abril y mayo de 2020, en relación con los significados, afectos y proyectos asociados con el *Generalštab*, la más importante de las ruinas de los bombardeos de la OTAN. Entre las muchas lecturas parece haber una división de opiniones en cuanto a las impresiones que la ruina genera entre los belgradenses: para una pequeña mayoría, el *Generalštab* despierta emociones negativas (55% de los encuestados), mientras que al resto les despierta emociones positivas. Entre los que señalan emociones



El autor en el *Spomenik*, monumento a la revolución del pueblo de Moslavina,<sup>1</sup> en Pogdaric, Croacia, 2015. Fotografía del autor.

negativas, casi todos explican estas emociones por la asociación del edificio con la guerra, los bombardeos y el dolor, mientras que, entre aquellos con sentimientos positivos, es mayoría la que explica estos sentimientos por su asociación con “los tiempos de gloria de la RFSY” (Popović, Marić y Lazarević, 2021).

Se comprueba empíricamente lo que teóricos de la arquitectura ya habían señalado de forma especulativa como el carácter dual de las ruinas de Belgrado, aspecto que yo llamo *el doble cuerpo de las ruinas*. Para Jovanovic Weiss (2000), el *Generalštab* contiene dos identidades opuestas: una que fue creada al momento de ser construida y otra que surgió a partir del bombardeo de la OTAN. Como si se tratase de un doble parto, los edificios en ruinas han nacido dos veces: la primera vez cuando fueron creados, la segunda cuando fueron destruidos. De esta manera, la ruina puede ser vista como “una compleja metáfora política [...] de los fuertes choques geotectónicos que participaron en la génesis de la Yugoslavia socialista” (Kulić, 2010, citado por Popović, Marić y Lazarević, 2021). En el primer nacimiento, el complejo arquitectónico simboliza los valores asociados a la Yugoslavia socialista; en el segundo, el parto violento de la Serbia independiente.

Gracias a esta complejidad significativa no es de extrañar que los políticos prefieran evitar posicionarse sobre el futuro del *Generalštab*. La pregunta tabú de si la ruina tendría que ser un memorial sólo es superada por la pregunta ya directamente maldita de a qué víctimas debería homenajear el mismo: ¿sólo a las serbias o a las de toda Yugoslavia? Abrir esa puerta implicaría pensar en Serbia no sólo como víctima, sino también como victimaria. Cuando se le planteó esta pregunta a Aleksander Vučić, ministro de Defensa en 2013, afirmó que “no se discute levantar un monumento a todas las víctimas de la agresión de la OTAN, todos los soldados que fueron asesinados, pero no le veo ningún sentido por qué debería ser ahí” (portal SEECult 2013, citado por Bădescu, 2019). A buen entendedor pocas palabras: homenajear a la nación Serbia, sí, pero sólo eso, sin prestarse a posibles asociaciones con el pasado yugoslavo. Por lo tanto, mejor que no sea “ahí”. De la misma manera, el patriarca Irinej, de la Iglesia ortodoxa serbia, se expresó públicamente sobre tal posibilidad:

Esas ruinas que se encuentran en el centro de Belgrado nunca deben repararse. Que haya un testimonio de nuestro tiempo, testimonio de [la destrucción traída por] la

Europa culta, testimonio de la democracia europea que se preocupaba por la libertad y la democracia (portal Fakti.org 2014, citado por Bădescu, 2019).

Para los políticos nacionalistas serbios, el homenaje debería circunscribirse al año 1999, con un mensaje claro de victimización del pueblo serbio, no un monumento a la guerra de los Balcanes en su totalidad. Un posible memorial sólo debería rendir homenaje a la mitad Serbia del doble cuerpo de la ruina. Pero si hablamos de evitar a toda costa la vinculación de la ruina con Yugoslavia, mejor hacerla desaparecer completamente, ya sea bajo toneladas de dinero, como cuando el Ministerio de Defensa de Serbia anunció que un inversor de los Emiratos Árabes se haría cargo de las ruinas para construir un hotel de lujo en tal ubicación privilegiada, o por el contrario, sepultar el recuerdo de Yugoslavia bajo toneladas de identidad etno-nacional, como cuando a finales de 2016, el primer ministro de Serbia declaró que el edificio debería derrumbarse para poner en su lugar una enorme estatua del rey medieval serbio Stefan Nemanja (Popović, Marić y Lazarević, 2021), algo tan lógico como encontrar a un pingüino en un ascensor.

En términos generales, el siglo XIX ha sido adoptado por el Estado serbio post-Milošević como punto de referencia legitimador de la nación. El discurso público está construyendo una vinculación entre el Estado serbio posterior a 2000 con la Serbia del siglo XIX. En un claro ejercicio de revisionismo histórico, se quiere evitar a toda costa hablar del siglo XX yugoslavo (Fridman, 2015). Por lo tanto, el gobierno no restaura los edificios socialistas o simplemente modernistas destruidos durante la guerra, percibidos como estéticamente inferiores a los edificios antiguos. Centrarse en los elementos “estéticos” para justificar la desaparición del patrimonio arquitectónico yugoslavo es un recurso ideológico para no reconocer que lo que se intenta es desaparecer a la Yugoslavia socialista de la historia oficial Serbia. Esto explica, en parte, por qué el Estado procede con rapidez a reconstruir edificios anteriores a 1945 —como el cuartel general de la fuerza aérea en Zemun—, mientras que los edificios posteriores a 1945 han experimentado un proceso de deterioro (Bădescu 2019: 190).

Podemos detenernos aquí y dar por concluida la misión. Creer que hemos llegado a “la verdad de las ruinas” y asumir que simplemente se trata de un proceso de deterioro y abandono, con el objetivo a largo plazo de desaparecer todo vestigio yugoslavo. Sin embargo, surgen nuevas preguntas; mientras más avanzamos, menos entendemos. Si lo que se quiere, simplemente, es desaparecer todo legado socialista, ¿por que las ruinas nos aparecen escenografiadas?, ¿por qué se las despliega frente a nuestros ojos?, ¿por qué se las

engalana con mantas y eslóganes absurdamente patrióticos como el mencionado “quien se atreve, puede. Quien no conoce el miedo, avanza”, con que nos recibe el *Generalštab*?

Hay una dimensión inconsciente en el *goce de las ruinas* presente en su monumentalización que no debería ser obviada. No me refiero al morbo por la destrucción que ha hecho del *dark tourism* el recurso turístico principal en Belgrado (Naef, 2016) debido a una paulatina “des-materialización” de la ciudad (Čomić y Vičić, 2013: 20) que la ha privado de otros atractivos turísticos. Me refiero a gozar de la exhibición de las ruinas en tanto *goce urbicida* por parte de los nacionalistas serbios. Para Bogdanović, tal como aparece en el epígrafe de este artículo, lo urbano era la superación de los nacionalismos. El proyecto yugoslavo, además de los elementos de socialismo autogestionario, que eran la base de su economía política, contenía un proyecto civilizatorio sustentado en la ideología interculturalista de la “Hermandad y Unidad” [*Bratstvo i jedinstvo*]. En el urbanismo y la arquitectura esto se materializaba [nunca mejor dicho] en una arquitectura para ser-con-otros.

Para el filósofo esloveno Slavoj Žižek (2011), en la base de la ideología de los grupos reaccionarios racistas se encuentra, por un lado, la fantasía utópica de una comunidad que debe estar unida alrededor de una identidad común, homogénea y sólida, que traerá la armonía. Paradójicamente, la potencia utópica de una vida en común conlleva una misma intensidad en cuanto a miedos. En el seno de los nacionalismos hay un imaginario lleno de complots y conspiraciones donde esos “otros”, despreciados y humillados por los nacionalistas, poseen igualmente una fuerza asombrosa y demoniaca capaz de arrebatarles lo que les pertenece. Así, si tal comunidad no tiene acceso al placer y al goce deseados, se asume que esto es así porque “el otro” goza en su lugar. Žižek le llama a esto “el robo del goce” (2011: 55).

Esta fantasía de “robo del goce” se puede ver, por ejemplo, en las imágenes de poder y potencia desmedida que se les atribuye a ciertos grupos minoritarios, como la supuesta potencia sexual de los negros, la potencia económica de los judíos o la promiscuidad de los homosexuales, etc. (Homer, 2005: 84). Para los diversos nacionalismos de la antigua Yugoslavia, el otro croata o el otro serbio roba el goce de su contraparte, pero por encima de todos, se encuentra el yugoslavo que goza con y por todos, porque no se encuentra limitado por las ideas de pureza etno-racial. Simbólicamente, las ruinas cumplen una doble función: la victimización de la mitad Serbia de las ruinas que nace con los bombardeos de 1999, pero también la de humillar y exponer el cadáver urbano del enemigo yugoslavo, aquel que nos robaba el goce a todos con sus absurdas ideas de hermandad y unidad [*Bratstvo i jedinstvo*].

En los años previos a la desintegración de Yugoslavia se produjo una explosión de la historia, en la que cada grupo nacionalista exponía su versión de cómo “el otro” les estaba robando el goce. Los croatas se sentían robados por un gobierno yugoslavo que favorecía a los serbios, los serbios se sentían robados por el mismo gobierno, pero que en su versión de la historia, había segmentado a la Gran Serbia, “quitándoles” Kosovo, entre otros territorios que históricamente les pertenecían. Lo paradójico es que cada grupo nacional formaba parte de esta Yugoslavia que les privaba de su goce, así que el odio tenía un paradójico elemento de auto-odio, por lo que destruir Yugoslavia era destruirse a sí mismos.

Ese odio contra la *yugoslavidad* intentó ser ritualmente satisfecho a través de una “destrucción ritual de la ciudad” (Bogdanović, 1993: 10), sobre todo de aquellos elementos urbanos que remitían al ideal del *Bratstvo i jedinstvo*. Durante la guerra, el caso paradigmático lo representa la ciudad bosnia de Mostar, donde las tropas croatas destruirían el famoso puente viejo [*Stari Most*] que une las dos orillas del río Neretva. Con la destrucción del legendario puente también se cortaba el vínculo [urbano, simbólico, social] que unía a las comunidades bosnias [musulmanas] que viven a un lado del río y las bosniocroatas [católicas] que habitan el otro lado. En un informe para la ONU sobre los ataques croatas en Mostar, sus autores hablarían del bombardeo del puente Stari Most como un acto urbicida de destrucción simbólica de la unión de dos pueblos (Ribarevic-Nikolic & Juric, 1992).

En uno de sus primeros artículos —“La ciudad como símbolo de inmortalidad y muerte” [*Grad kao simbol besmrtnosti i smrt grada\**] de 1972 (Selvelli, 2017; Coward, 2008), Bogdanović elabora el concepto de urbicidio como una manera de dar cuenta de la dinámica destructiva a la que se encuentran expuestas las ciudades, en una suerte de eterna dialéctica de lo urbano en oposición a lo anti-urbano (Bogdanović, 1995: 41) En este sentido, las tribus bárbaras que habrían saqueado Roma en 527 a.C., antes que “preurbanas” habrían sido sobre todo “antiurbanas”. La destrucción de la ciudad habría ido más allá de las necesidades estratégicas de conquista. Para el arquitecto serbio, muchos de los grandes mitos, epopeyas y sagas de la historia contienen algún tipo de apoyo apasionado a la destrucción de la ciudad:

Sólo podemos concluir que lo que se esconde detrás tanto de la furia de los profetas del Antiguo Testamento co-

mo de la energía destructiva de nuestros propios antepasados es ante todo miedo, miedo a la ciudad [...] ¿Qué significa matar una ciudad? Significa apagar su fuerza, sofofocar su eros metafísico, su voluntad de vivir, su sentido de sí mismo [...] esparciendo su memoria a los vientos, aniquilando su pasado junto con su presente” (Bogdanović, 1995: 43, 73).

Cuando Milošević empieza a despuntar en el panorama político de la RFSY con sus ideas de exaltación nacionalista, Bogdanović le hace saber su descontento, afirmando que los distintos etnicismos, incluyendo el serbio, eran incompatibles con el espíritu urbano esencialmente cosmopolita, abierto y tolerante valores más avanzados que el “tribalismo” nacionalista. Es claro que esta teoría polémica no gustó a Milošević. Aunque brutalmente reduccionista, la historia le dio la razón a Bogdanović. Y no sólo en el caso de Mostar; también en Sarajevo o Vukovar, este odio contra lo urbano por parte de los nacionalistas fue una constante.

La despiadada destrucción urbana en la guerra de Yugoslavia se habría producido como emergencia de un espíritu reaccionario, anti-cosmopolita, provinciano y anti-urbano. Los distintos nacionalismos no sólo querían destruir la ciudad, sino socavar el carácter abierto y tolerante de éstas. A través de la destrucción innecesaria de infraestructura urbana no sólo expresaban su “odio a lo urbano”; querían minar toda posibilidad de lograr el proyecto interétnico yugoslavo. Cortar los puentes materiales significaba cortar los puentes entre culturas. Los nacionalistas, en su afán separatista, hicieron que se cumpliera la profecía de la imposibilidad de coexistencia entre diferentes. ¿Los yugoslavos, reconvertidos en nacionalistas, performaron la ruptura a la cual temían como la peor de sus pesadillas? ¿Fue la destrucción de Yugoslavia un retorno del odio reprimido durante años por el carácter teatralmente ritual de la ideología de “la hermandad y la unidad”?

Mediante la humillante exposición del cadáver simbólico de la antigua Federación que representan las ruinas, los distintos gobiernos nacionalistas gozan, de forma obscena, la muerte de Yugoslavia, a la vez que intentan restituir imaginariamente el goce robado. Pero no menos importante es que con esta exhibición morbosa intentan demostrar fehacientemente, de cuerpo presente, que no es posible vivir juntos. Las ruinas son la evidencia física del fracaso del proyecto intercultural yugoslavo. Para los nacionalistas es la prueba irrefutable de que no es posible hacer vida común. Con la exposición morbosa de *la mitad del doble cuerpo de las ruinas* humillan la idea de Yugoslavia, gozando picarescamente de tal vejación. Pero las ruinas no cesan de producir paradojas; su propia existencia, aún sea como

\* Traducción propia.

ruina, sigue recordando a los que vivieron Yugoslavia que aquello no fue un sueño, que alguna vez existió y que, por lo tanto, no es algo utópico.

## Conclusiones

“De repente, bajaron de los cerros con sus armas arrasándolo todo, y aquellos que no eran nada en sus aldeas, ahora lo son todo en las ciudades...”. Así resumía un amigo cómo fue vivido el colapso de Yugoslavia, en la larga noche de las guerras balcánicas. Los aldeanos estaban muy lejos de haber olvidado las deudas de sangre jamás saldadas. Tan ingenuos se mostraron los señoritos urbanitas educados en economía política, creyendo que al remover la gleba sólo se encontraría la sal de la tierra. Con el arado también se labraba la venganza. La *ustaša*, los *ćetnici*, no habían desaparecido, sino que permanecían escondidos bajo los clichés de fabricación urbanita que los tildaban de pueblerinos ignorantes, alcohólicos incestuosos y palurdos, una masa campesina reaccionaria por tradición. Eran mucho más que eso. Eran fuerzas vivas para quienes sus lazos de sangre eran más importantes que toda la palabrería socialtoide y grandilocuente. Haberlos ninguneado en el discurso oficial y, sobre todo, haberse atrevido a subestimarlos, fue un gran error de la Yugoslavia socialista.

Institucionalmente, la RFSY intentó subsanar el delirio nacionalista con la “fantasía ideológica” (Žižek, 1989: 61) de la “*Bratstvo i jedinstvo*” [hermandad y unidad]. El eslogan oficial de la Yugoslavia socialista ofrecía el sueño multicultural de gozar con el otro en una gran comunidad no homogénea, diversa, de características universalistas. Pero lo que para los yugoslavistas era un sueño, para los nacionalistas de provincias era una pesadilla. En la fantasía de los distintos nacionalismos, la unidad yugoslavista debía ser destruida para poder acceder al goce robado por “los otros” étnicos y “los otros” rojos *multicultis*.

Antes enfrentados, ahora, en el siglo XXI, a ambas facciones —nacionalistas y yugoslavistas— les une la búsqueda del olvido a través de la nostalgia. En el caso de los nacionalistas serbios, se trata del sueño imposible de volver a un dorado siglo XIX de grandeza imperial y dominación serbia; en el caso de los minados yugoslavistas, la romantización de una nación, ahora inexistente, donde todos podían ser libres. Para Svetlana Boym existen dos tipos de nostalgia: la “restauradora” y la “reflexiva”. La primera, esencialmente reaccionaria, hace hincapié en el *nostos* [hogar], por lo que intenta “acometer una reconstrucción transhistórica del hogar perdido”. Por su parte, la nostalgia reflexiva se desarrolla gracias a la *algia* [añoranza], retrasa “el regreso al ho-

gar” a partir de la reflexión, introduciendo una serie de “desafíos éticos y creativos” (2015: 19).

Resultará paradójico, pero al desaparecer el marco yugoslavo se vuelve más urgente para los belgradenses no fascistas la reconstrucción nostálgico-reflexiva de la *concrete utopia* de Bogdanović y Lefebvre. Para el filósofo francés, la dialéctica de lo urbano como tensión entre la ciudadanía política y la social se manifiesta como la oposición entre el ciudadano —*citoyen*— frente al citadino o urbanita —*citadin*—. En opinión de Ljiljana Blagojević, resolver esta oposición es más pertinente que nunca en el Belgrado post-socialista debido al contexto de la dramática ruptura del estado multinacional yugoslavo (2018: 123). En pocas palabras, es necesario reanimar la idea de *ciudadanía urbana*. Los habitantes del Belgrado actual han visto sacudidas ambas nociones (*citoyen/citadin*), por lo que en opinión de Blagojević debería ser prioritario replantearse la ciudadanización a través de la apropiación de la ciudad, como mecanismo reparador de las profundas heridas post-conflicto.

Esta dimensión de una ciudadanía urbana debe desafiar, sin caricaturizar, al proyecto excluyente de los reaccionarios serbios. Sobre todo ahora que cientos de miles de migrantes cruzan territorio balcánico desde Oriente Medio con camino a Europa, Belgrado debe reafirmar su carácter abierto y tolerante. La controversia sobre qué parte del doble cuerpo de las ruinas debe tener mayor peso nos muestra mucho más que una discusión sobre patrimonio: lanza desafíos al intento reaccionario de construir una identidad serbia monolítica y excluyente. Como ha mostrado el caso del *Generalštab*, hay ciudadanos que creen que debería ser un monumento que represente a todas las nacionalidades victimizadas en la guerra, no sólo a la Serbia. Al igual que éstos, aquellos que en 1999 salieron con dianas dibujadas en el pecho en las largas noches de bombardeos de la OTAN, no debían ninguna lealtad ni al Estado o a la etnia, sino sólo a su ciudad. ●

## Referencias

- Achleitner, F. (2009). Bogdan Bogdanovic: the doomed architect. Catálogo de la exhibición: *Bogdan Bogdanovic. Memorie and Utopie in Tito-Jugoslawien*. Architekturzentrum Wien.
- Alexander, S. (1979). *Church and State in Yugoslavia since 1945*. Cambridge: CUP.
- Bădescu G. (2019). Making Sense of Ruins: Architectural Reconstruction and Collective Memory in Belgrade. *Nationalities Papers*, 47: 182-197, doi: 10.1017/nps.2018.42.
- Biserko, S. (2012). *Yugoslavia's implosion. The fatal attraction of serbian nationalism*. Belgrado: The Norwegian-Helsinki Committee.

- Blagojevic L. (2007). Novi Beograd: osporeni modernizam [New Belgrade: Contested Modernism], Beograd: Zavod za udzbenike, Zavod za zastitu spomenika kulture grada, *Arhitektonski fakultet*, pp.137-138.
- Blagojevic, L. (2018.) The problematic of a “New Urban”: The right to New Belgrade. En: S. Bitter & H. Weber (edit.). *Autogestion or Henri Lefebvre in New Belgrade*. Berlin: Sternberg Press.
- Bloch, E. (2007). *El principio esperanza*. Madrid: Trotta, vol. 3. Publicado originalmente en 1975.
- Bogdanović, B. (1993). Murder of the City. *The New York Review of Books*, 40:10.
- Bogdanović, B. (1995). The City and Death, en J. Labon (ed.). *Balkan Blues. Writing out of Yugoslavia*, Illinois: Northwestern University Press.
- Bogdanović, B. (2008). *Rencontré européenne no. 7* (Entrevistado por A. Mirlesse). París: febrero de 2008. [http://www.institutdelors.eu/wp-content/uploads/2018/01/etud82-fe-rencontres-europeennes\\_0.pdf](http://www.institutdelors.eu/wp-content/uploads/2018/01/etud82-fe-rencontres-europeennes_0.pdf)
- Boym, S. (2015). *El futuro de la nostalgia*. Madrid: Machado Libros. Publicado originalmente en 2001.
- Coward, M. (2008). *Urbicide: The politics of urban destruction*. London: Routledge.
- Čomić, Đ., y Vikić, S. (2013). National and tourist identity of cities the case study of Belgrade. *Quaestus-Multidisciplinary Research Journal*, pp. 15-27.
- Eric, Z. (2018). The Third Way: The Experiment of Workers. Self management in Socialist Yugoslavia. En: S. Bitter & H. Weber (edit.). *Autogestion or Henri Lefebvre in New Belgrade*. Berlin: Sternberg Press.
- Freud, S. (1992). Lo ominoso. En *Obras completas*, 17, 1917-19. Publicado originalmente en 1919.
- Fridman, O. (2015). Alternative calendars and memory work in Serbia: Anti-war activism after Milošević. *Memory Studies*, 8(2), pp. 212-226.
- Gajevic, L. (2011). *New Belgrade urban fortunes: Ideology and practice under the patronage of state and market*. Tesis para obtener el grado de maestro. Máster universitario en gestión y valoración urbana. Barcelona: Universidad Politécnica de Cataluña.
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*, vol. 39. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Hatherley, O. (29 de noviembre 2016). Concrete clickbait: next time you share a spomenik photo, think about what it means. *The Calvert Journal*. <https://www.calvertjournal.com/articles/show/7269/spomenik-yugoslav-monument-owen-hatherley>.
- Hoepken, W. (1999). War, memory and education in a fragmented society: the case of Yugoslavia. *East European Politics and Societies*, 13(1), pp. 190-227.
- Homer, S. (2005). *Jacques Lacan: una introducción*. Madrid: Plaza y Valdés. 2016.
- Kulić, V. (2015). Yugoslavia In-Between (An Interview). En: *Re-centering Periphery: Imagined and Built Landscapes*. <http://www.recentering-periphery.org/yugoslavia-in-between>.
- Kulić, V., y Stierli, M. (2018). *Toward a Concrete Utopia: Architecture in Yugoslavia, 1948-1980*. Nueva York: Museum of Modern Art.
- Le Norman, B. (2008). The modernist city reconsidered: changing attitudes of social scientists and urban designers in 1960s Yugoslavia. *Tokovi Istorije*, 3-4/2008, p. 149.
- Lefebvre, H. et al. (1986). International competition for the New Belgrade urban structure improvement. En: S. Bitter & H. Weber (edit.). *Autogestion or Henri Lefebvre in New Belgrade*. Berlín: Sternberg Press, 2018.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing. Publicado originalmente en 1974.
- Macdonald, D. B. (2002). *Balkan Holocaust? Serbian and Croatian victim-centered propaganda and the war in Yugoslavia*. Manchester: MUP.
- Naef, P. (2016). Tourism and the “Martyred City”: Memorializing War in the Former Yugoslavia. *Journal of Tourism and Cultural Change*, 14 (3), pp. 222-239.
- Pavlovitch, S. (1988). *The Improbable survivor: Yugoslavia and its problems, 1918-1988*. Columbus, OH: University Press.
- Popović, T. et al. (2020). Reshaping approaches of architectural heritage devastated through bombing: case study of Generalštab, Belgrade. *Urban Design International*, pp. 1-14.
- Ribarevic-Nikolic, I., Juric, Z. (1992). Mostar '92 Urbicide. Croatian Defense Council-Mostar, *Public Enterprise for Reconstruction and Building of Mostar*, Zagreb: IDP-Municipal Headquarters Mostar.
- Rodríguez Andreu, M. (2021). *Las movilizaciones sociales en el espacio posyugoslavo. Oportunidades políticas y estrategias contenciosas*. Tesis para la obtención de grado en Doctor en Derecho. Universitat d'Valencia.
- Ronnenberg, K. (2018) “Henri Lefebvre and the question of Autogestion”. En: Sabine Bitter & Helmut Weber (edit.). *Autogestion or Henri Lefebvre in New Belgrade*. Berlin: Sternberg Press.
- Ruiz Jiménez, J. A. (2016). *Y llegó la barbarie. Nacionalismo y juegos de poder en la destrucción de Yugoslavia*. Barcelona: Ariel.
- Selvelli, G. (2017). *The Siege and Urbicide of Leningrad and Sarajevo. Testimonies from Lydia Ginzburg and Dževad Karahasan*, Kongressakte von der Konferenz “Konteksti”, University of Novi Sad, S. pp. 501-512.
- Smith, N. (2018). Preface. En: S. Bitter & H. Weber (edit.). *Autogestion or Henri Lefebvre in New Belgrade*. Berlín: Sternberg Press.
- Staničić, A. (2021). Media propaganda vs public dialogue: the spatial memorialisation of conflict in Belgrade after the 1999 NATO bombing. *The Journal of Architecture*, 26(3), pp. 371-393.
- Veiga, F. (2002). *La trampa balcánica*. Barcelona: Grijalbo.
- Vidler, A. (1992). *The Architectural Uncanny. Essays in the Modern Unhomely*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Weiss, S. J. (2000). NATO as architectural critic. *Cabinet*, vol. 1.
- Žižek, S. *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI. 2007.
- Žižek, S. (2011). *El acoso de las fantasías*. México: Siglo XXI.